

SECRETUM TEMPLI

El viernes, 13 de octubre del año 1307, el rey Felipe IV de Francia, también conocido como Felipe el hermoso, ordena la detención de todos los templarios de Francia. Al mismo tiempo da la noticia al Papa Clemente V y a todas las monarquías de Europa, con la intención de que sigan sus pasos. Las 127 acusaciones vertidas sobre la Orden del Templo de Jerusalem abarcaban, desde la brujería, la herejía y la sodomía, hasta el sacrilegio, la conspiración y el asesinato. La noticia se propagó como el fuego por todo el orbe cristiano. Los reyes y las demás Órdenes de Caballería Monástica vieron en esto una oportunidad para hacerse con las riquezas de los templarios, que se habían convertido en la primera potencia económica y militar de Europa. Así que, casi por unanimidad, se lanzaron también, amparados por las mismas mentiras, sobre los castillos, las encomiendas y todas las posesiones de la Orden en busca de sus legendarias riquezas.

Por su parte, El Temple también dio aviso para que todo lo que se pudiera salvar de la carroña, se pusiera a buen recaudo. Debían salvaguardar y esconder sus más preciadas reliquias, recuperadas con el pago de sus propias vidas, en las mil y una batallas en tierras de los infieles, en la Tierra Santa. También tenían que salvar sus libros, donde tenían registrados los conocimientos científicos, aprendidos del intercambio cultural con sabios musulmanes y judíos que, los años de tregua cultivados con muchísima paciencia, se habían traducido en innumerables frutos. Quizás aquellos intercambios y aquellas relaciones amistosas, habían sido malinterpretadas por esas personas que solo saben que, si no estás con ellos, estás contra ellos. Pero los templarios entendían que el mundo no era tan simple como su *beaussant*, su estandarte, que nada más lucía dos colores a partes iguales, el blanco y el negro. Y por último, debían guardar parte de sus riquezas para ayudar a los hermanos que quedarían en la clandestinidad guardando sus verdaderos tesoros. Y ese mandato también había llegado a Orihuela.

–¡Daos prisa! Debe estar todo empaquetado– Armando de Montacut, comendador de Orihuela, no cesaba de dar órdenes a las puertas del edificio principal de la encomienda de la villa, en pleno Arrabal Rojo.

–No creéis que nos estamos preocupando demasiado– le dijo Bartolomé Belvis, lugarteniente de la Orden en Aragón–. Nuestro rey, Jaime II, siempre nos ha sido favorable. Yo creo que nos defenderá y no permitirá que nos ocurra nada, hasta que su santidad nos dé la razón en tan magna calumnia.

–Vos mismo habéis traído la carta firmada y lacrada con el sello del maestre provincial. Por tanto, vos mismo sabéis de la gravedad del litigio y que el rey francés no se quedará quieto hasta que nos destruya. Está arruinado y sabe que la única forma de conseguir el dinero para pagar a su ejército es robándolo a la Orden. Si hubiera cualquier fisura y tuviera que devolverlo, sería su fin. Así que hará lo que sea, lo que sea– repitió–, porque su plan triunfe. Como mucho podrán retrasar lo inevitable, pero nadie le hará frente. Y menos sabiendo que al final, también podrán salir ganando a nuestra costa.

–Lo veo muy desilusionado, sin confianza.

–He estado luchando en Tierra Santa por nuestro Señor Jesucristo. Allí veíamos al enemigo venir. Sabíamos cuántos eran, y qué armas tenían. Y, aunque supiéramos que no podíamos ganar, luchábamos sin miedo porque veíamos al enemigo. Pero esto es peor. Aquí no se ve al enemigo. Cualquiera puede ser, incluso usted o yo. Y créame, si algo me da miedo es no ver al enemigo. Y es tiempo de traidores.

En ese momento llegó un joven caballero. Venía corriendo y, antes de hablar, tuvo que detenerse para coger aire un par de veces.

–Mi señor –dijo cuando se puso al lado del comendador. Después se detuvo al darse cuenta que este andaba acompañado.

–Habla sin problema –dijo Armando –es un hermano –añadió señalando a Bartolomé.

–Vengo de la judería. He hablado con los rabinos. No estaban convencidos de lo que les solicitábamos. He tenido que discutir mucho para convencerlos. E incluso, he tenido que recordarles cuantas veces los hemos protegido de nobles, obispos y desalmados que pretendían expoliarlos. Al fin uno ha accedido y hablará con vos junto a la iglesia de las Santas Mártires, para – volvió a mirar al acompañante de fray Armando – acordar donde resguardar lo que le habéis solicitado.

–¿Cuándo? –Preguntó Armando de Montacut sin mayores ambages.

–Ha venido conmigo. Espera junto a la puerta occidental.

–De acuerdo. Dile que iré ya– se volvió hacia fray Bartolomé –. Como le decía. No me fío de nadie. Así que prefiero terminarlo todo cuanto antes. Dispersad a los cuarenta caballeros que tienen aquí su cuartel. Que pasen a formar parte de otras Órdenes o gremios y puedan seguir trabajando a la espera de nuevas buenas. Y a los sargentos y sirvientes, dadle carta de laicidad para que no sufran persecuciones en nuestro nombre. Así también podrán continuar su labor en la villa. Si somos declarados inocentes, volveremos a vernos aquí mismo y a celebrarlo. Pero si no... – guardó unos segundos de silencio – . Ahora discúlpeme, pero debo ir a hablar con el rabí.

Siguió al joven caballero hasta la puerta de la iglesia que se estaba construyendo cerca de la ribera del río Thader. La torre estaba prácticamente acabada, al tiempo que se poblaba de florituras y gárgolas procedentes de un nuevo estilo que, gracias al Temple y a sus gremios de constructores, había colonizado toda Europa, el Gótico.

Junto a la que iba a ser la principal portada del templo, los esperaba un hombre de aspecto muy mayor.

– Señor, este es el rabí Abenhayim Alazar, que se ha avenido a ayudarnos.

– Y yo se lo agradezco de corazón.

– En muchas ocasiones – comenzó a hablar el rabino – nos habéis ayudado y, ahora es lo menos que podríamos hacer por vuestra Orden. Pero sabéis que correremos un grave riesgo en ello. Si ya buscan cualquier excusa para acabar con nosotros. Ahora, como cómplices de una Orden acusada de herejía, lo tendrán más fácil.

– Entiendo. ¿Y qué proponéis a cambio de este favor?

– Nos encontramos entrando en el invierno. Si es tan duro como el anterior, la comida escaseará y los nuestros pasarán hambre. Vuestros silos, allí en la subida al monte de la alcazaba, y vuestra carnicería se hallan bien abastecidos. Permitidnos llenar nuestras despensas con vuestro grano y carne para que este no sea otro invierno más, lleno de penurias para nuestra comunidad.

– De acuerdo. Os concedo dos carros de grano, diez arrobas de aceite y doscientas onzas de cordero.

– Mejor serían cinco carros de grano, veinticinco arrobas de aceite y cuatrocientas onzas de cordero.

– Pretendéis matar de hambre a otros.

– No, por favor.

– Dejémoslo pues en tres carros de grano, veinte arrobas de aceite y doscientas cincuenta onzas de cordero.

– Que sean trescientas onzas y estaremos de acuerdo.

– Sea pues – dijo el comendador con desgana.

– Subid mañana a mi casa lo que queráis guardar y también lo que hemos acordado.

Tras un apretón de manos, cada uno se fue en dirección opuesta al otro. Armando volvió a llamar al joven caballero y le dio las instrucciones:

– Escúchame bien, Diego de Fontdalba. Mañana dirigirás la expedición con todos nuestros tesoros hasta la casa del rabino. Los guardarás donde él te diga y te quedarás ahí hasta comprobar que todo queda oculto y sellado.

–¿Por qué yo?

–Porque tú has tenido mayor contacto con la comunidad judía y te conocen. Además, a mí podrían estar siguiéndome y sería más difícil escamotear lo que pretendemos. Lo llevarás todo oculto entre los víveres que les entregaremos.

Enseguida le dictó las cantidades de víveres que había acordado con el rabino y le ordenó tenerlo todo preparado para el día siguiente.

Por la mañana y nada más salir el sol, varios carromatos ya se dirigían por una estrecha y rocosa cuesta en dirección al barrio judío de la villa. Sin nada que lo hiciera reconocer como templario y cubierto por una roída capa con capucha, el caballero de Fontdalba dirigía la caravana.

Se detuvieron en pleno centro de la empinada callejuela. En un momento y perfectamente sincronizados, salieron un puñado de hombres de diferentes casas y, sin mediar palabra, comenzaron unos a cargar y transportar los víveres, y otros, en distinta dirección, a llevarse unos cajones apenas cubiertos por unas telas viejas.

Diego siguió a este último grupo hasta una casa donde, tras cruzar el vano, se desviaron por una escalera descendiente que parecía introducirse en las mismísimas entrañas de la montaña. Intentó seguirlos, pero el anciano del día anterior lo detuvo.

–Si sabes dónde los llevamos, podrás decirlo. Si no lo sabes, nadie te arrancará el secreto.

–Pero, ¿y si necesito... Y si necesitamos recuperarlo?

–Toma – La mano temblorosa del anciano se posó sobre la de Diego y este notó algo frío, pequeño pero frío, que caía en la suya. Cuando el anciano apartó su mano, Diego pudo contemplar un pequeño pajarillo exquisitamente trabajado en oro. El rabí Abenhayim Alazar continuó hablando –. Si tú o alguno de tus compañeros necesitáis recuperar este tesoro o parte de él, bastará con que nos lo mostréis.

–Pero, solo tengo uno y...

–Encuentra un lugar donde colocarlo, discretamente, pero a la vista de todos. Es la mejor manera de ocultar algo. Así quien lo necesite, lo podrá tomar y después volver a dejarlo en el mismo lugar. Sabemos que las aves siempre traen buenas noticias. Esa oropéndola será vuestra salvaguarda. ¿Habéis pensado ya donde se posará?

Diego estaba casi en trance. Pero ya creía haber encontrado la solución. Apenas hacía un año que había aparecido “milagrosamente” la imagen de María Madre de Jesús, a la que algunos llamaban “de la Puerta”, otros “de Monserrat”, los oriundos del reino de Aragón le colocaban el apelativo de “del Pilar”, mientras que desde otros gremios

defendían el de “L’Oreto”. A él le daba igual. Sencillamente se extasiaba contemplando su rostro oscuro y recordando las palabras del cofundador del Temple, san Bernardo de Claraval: ““Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén... no os fijéis en que estoy morena, es que el Sol me ha quemado...” extraídas del Cantar de los Cantares.

Llevaba sobre un brazo a su hijo, el cual según recordaba, parecía tener una mano dispuesta y con el tamaño perfecto para acoger a esta hermosa avecilla.

–Sí, creo que sí – respondió.

–Ahora tienes otro secreto más que guardar, hijo mío. – El anciano lo miró a los ojos y Diego tan solo pudo sostenerle la mirada una milésima antes de que esta se enturbiara.

Salió de la casa con paso firme en dirección a la pequeña ermita donde era venerada la imagen, junto a una de las puertas de la ciudad, muy cerca del cuartel de la Orden. Cuando llegó, abrió lentamente la puerta. Esperó unos momentos a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Comprobó que el lugar estaba desierto. Entró. Se arrodilló y rezó durante unos minutos. Después se acercó a la imagen y, con sumo cuidado y devoción, depositó el pequeño ave entre los dedos de Jesús, hijo de María. Después, con el mismo silencio y discreción, salió. Entornó la puerta y volvió al cuartel sabiendo que si su Protectora no quería, el tesoro templario no caería jamás en manos incautas.

Ahora debía comunicarlo a sus hermanos, pero solo a aquellos en los que realmente pudiera confiar.

En el año 1312 una bula papal suprimía la Orden del Temple, aunque no había sido condenada por ninguna de las acusaciones vertidas sobre Ella. En 1391 los judíos que habitaban el barrio de la Judería de Orihuela, subiendo la peña junto al templo de las santas Justa y Rufina, proyectado por la extinta Orden, fueron expulsados. Tan solo se pudieron quedar unos pocos que “aseguraban” haberse convertido al cristianismo. La talla original de la imagen de Nuestra Señora de Monserrate, portaba un niño que, en su mano y según las primeras descripciones, tenía un pajarillo posado. Con el paso de los siglos ese pajarillo desapareció y nunca más se supo de él. Así, fueron desapareciendo, una tras otra, todas las pistas y testigos de las reliquias y tesoros que la Orden Soberana del Templo de Jerusalem custodiaba en Orihuela. Quizás todavía estén guardadas bajo la peña de la Judería, a salvo de incautas manos. Quizás todavía queda alguien que conoce donde se encuentran ocultas. Quizás siga esperando a que esa pequeña oropéndola vuelva a posarse sobre la mano del hijo de Dios y entonces ...